

REGENERACIÓN

ORGANO DEL PARTIDO CIVIL

Año I

Lema del Partido: MORALIDAD Y TRABAJO

Núm. 49

Editor: LIC. VÍCTOR OROZCO

San José, Costa Rica, 24 de octubre de 1913

Redactor: ELOY TRUQUE

Candidato del Partido: RAFAEL YGLESÍAS CASTRO

Análisis de los partidos militantes

III

Hace cinco años el Partido Fernandista tenía mayor número de adeptos; pero no tantos que legalmente hubiera podido vencer en la campaña pasada al Partido Civil, ni unido—como se unió—al Jimenismo. Si aparentemente triunfaron se debió solamente a la intervención del General Zelaya y al apoyo decidido que les dió el Presidente de la República Licdo. don Cleto González Víquez; y más que todo, al patriotismo de nuestro digno Jefe don Rafael Yglesias Castro que sacrificó todo antes de que se hubiera derramado una gota de sangre de los costarricenses.

Dos motivos han habido para que el Fernandismo haya perdido más de la mitad de sus adeptos: es el primero, las entregas que el Licdo. Fernández hizo de su Partido a otras fracciones políticas, y principalmente la última al Jimenismo, por la que muchos dignos fernandistas se separaron de hecho ingresando a las filas del Civilismo; y es el segundo, el fallo de la Sala de Casación en la acusación del Licdo. Fernández contra don Zenón Castro, el que vino a confirmar que aquél fué a Nicaragua a pedir toda clase de apoyo al General Zelaya.

Que el Licdo. don Máximo Fernández ha hecho negocio con su Partido, lo evidencia el hecho de que él hace cuatro años estaba muy mal de recursos pecuniarios, y apenas pasaron las elecciones de 1909 canceló varios gravámenes hipotecarios que pesaban sobre sus fincas, y además, hizo construir una casa—o *Castillo Feudal*—que le ha costado más de cien mil colones. El no ha hecho grandes negocios—ni con su profesión ni con sus bienes—no se sacó ninguna lotería, *ergo*, la política le ha proporcionado una fortuna. ¡Y con todas estas cosas todavía hayan algunos costarricenses que sigan a ese mercader político!

El Partido Fernandista, desde que se fundó, fué uno de los que menos gastaba en su propaganda; pero ya en la presente lucha eleccionaria se ha puesto a nivel—en materia de gastos—al Duranismo que ha derrochado el dinero en todas partes, ¿de dónde han conseguido ahora ese dinero? No lo decimos nosotros, porque sólo simples datos son los que tenemos, más adelante quedará justificado ese enigma y la verdad relucirá con todo su esplendor.

Y qué ha movido a Licdo. don Máximo Fernández a hacer todo lo que hemos referido? pura y simplemente a la descomunal derrota que en todas partes está su agonizante Partido, y por lo mismo ocurre a todos los medios posibles, como así lo hace la pequeña fracción del Duranismo. Ambas fracciones políticas en lugar de hacer lo que hace el candidato señor Yglesias de ir solo a diferentes puntos de las República en los que obtiene grandes triunfos, aquellos recogen cuanto tienen y van con la pretensión de hacer demostraciones de fuerzas, y como no tienen partidarios suficientes, lo que hacen es llevarse grandes fracasos, poniéndose en el mayor ridículo.

A la única parte que fué el Licdo. Fernández con sólo unos cuarenta parti-

darios fué a Puntarenas y al Guanacaste, cuyo viaje fué para él un verdadero calvario; pues en donde esperaba tener algunos pocos partidarios—que fué en Nicoya y Santa Cruz—no sólo se convenció que ya en esos lugares no tenía adeptos, sino que lo recibieron con unas grandes cerradas de cajones de lata, al extremo que de todas partes tuvo que salir a la lijera. Este viaje del señor Fernández—como todos lo que hace a otros lugares—fué de mucho provecho para el Partido Civil, pues todo fué que lo conocieran personalmente cundieron las protestas de fernandistas a favor de nuestra causa.

VIGO

(Continuará)

una banda nociva de furiosos demagogos, en marcha de asalto sobre los destinos de la República.

El Partido Fernandista no ha dado al país una sola enseñanza moral. Sin freno alguno que detenga la explosión de sus pasiones malsanas, se ha hechado sobre Costa Rica con la violencia de una epidemia mortal. No hay un solo sentimiento, de esos que forman el acervo de un pueblo, que no haya sido contaminado con la morbosa influencia de ese círculo insensato. El patriotismo del pueblo costarricense ha sido infestado de podredumbre al pasar por las falaces prédicas fernandistas. El organismo del país está enfermándose con no sabemos qué virus rabioso. El Partido Fernandista está envenenando al país con tóxicos mortales de disolución, y de sangre.

Por donde pasa el Fernandismo deja una honda huella de escándalos y desastres: no los oiréis predicar una her-

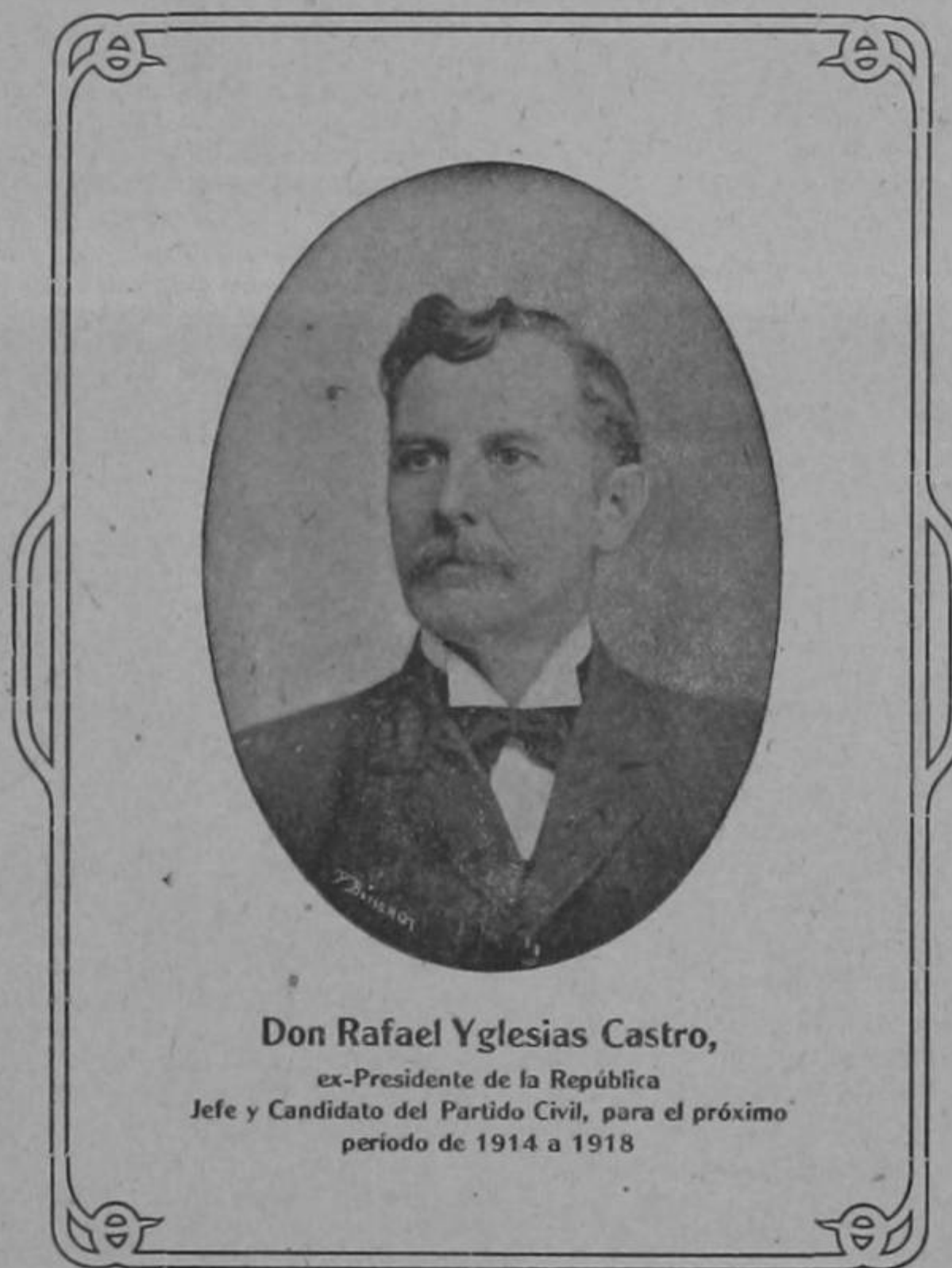
de San José, sólo porque sus periódicos no se han puesto al servicio de sus mezquinos intereses; y han provocado en todo sentido a individuos pertenecientes a otro bando, sin respetar señoras, niño más bien injuriando soezmente, con palabras de taberna, a distinguidas señoras que son ornato y orgullo de la sociedad costarricense. Esto aquí mismo en la capital, donde por lo menos deberían guardar el respeto que merecen las primeras autoridades de la República.

Por lo que hace al resto del país el desborde tiene todos los caracteres de una irrupción de bárbaros. Nada ha quedado digno de respeto para las «turbas» fernandistas hostigadas por su directores. Los hombres honrados han quedado estupefactos. Los padres de familia cierran las puertas de sus hogares cuando pasan las manifestaciones «azules». Los ciudadanos pacíficos se aprestan a la defensa. El Fernandismo lo va arrasando todo bajo las marejadas de su fango. Ha llegado la época de establecer cordones sanitarios y de aprestarse a la salvaguardia de los hogares cada vez que el Fernandismo trata de celebrar alguna de sus manifestaciones políticas. No hay nada seguro frente a le explosión de tantos instintos espoleados por el despecho y por el odio.

En Alajuela por dos veces se arrojaron sobre las pacíficas manifestaciones del Partido Duranista; en Heredia asaltan al mismo Partido en el momento de celebrar una fiesta política y hieren hasta mujeres indefensas en el salvaje estallido de sus pasiones; en Cartago, en la noble y culta Cartago, asaltan el Club de sus contrarios, como si viviéramos en plena selva africana, y hieren en el rostro a una apreciable señorita; en el Naranjo pretenden detener la entrada triunfal de nuestro ilustre Jefe el señor Yglesias, y no pudiendo realizar su vano intento, ante la viril actitud de nuestras filas, se echan con violencia sobre el Duranismo, atacan sus hogares, no respetan ni el propio domicilio de su representante el señor Diputado Peralta, y ultrajan y golpean a sus hermanos. En todas partes el Fernandismo no tiene más propaganda que el escándalo, ni más argumento que la piedra. Ha retrocedido siglos enteros a la edad de la honda: el Fernandismo está viviendo la vida primitiva de la tribu, en la que no había más derecho que el de la fuerza bruta y desenfadada.

¿Pueden ver con calma esa regresión a la barbarie los hombres honrados, los hombres cuerdos y respetables que aún hayan quedado en el Fernandismo? ¿No miran el abismo a donde los conduce el desenfreno torpe de las pasiones exaltadas? No; es tiempo de reflexionar. Partido político que no tiene más armas que la piedra del arroyo, que no aspira sino a asaltar y a destruir y que no esgrime otro argumento que el del insulto y el de la agresión, podrá ser bueno para capitanear una banda de beduinos, pero no para regir los destinos públicos de un pueblo honrado, pacífico y trabajador. El Fernandismo con sus tropelías y sus desmanes, con sus lapidaciones y sus escándalos no tiene nada de común con Costa Rica: es una epidemia o un azote que Dios le ha enviado quizá para que medite en el porvenir y busque la salvación en el único lugar donde puede encontrarla: bajo los pliegues del pabellón rojo.

(De El Pabellón Rojo)



Don Rafael Yglesias Castro,
ex-Presidente de la República
Jefe y Candidato del Partido Civil, para el próximo
periodo de 1914 a 1918

La Directiva General del Partido Civil, por sí, y a nombre de todos los civilistas de la República, saluda cordialmente a su ilustre Jefe y Candidato don Rafael Yglesias Castro por su día onomástico, deseándole las mayores felicidades; y con tal motivo le renuevan las protestas de sus firmes y decididas adhesiones.

LA MAREA NEGRA

Estamos seguros de que en el Partido Fernandista, aún siendo un círculo personal e idólatra, sin principios y sin ideales, existen muchos ciudadanos honrados y patriotas que han sido engañados y seducidos por los mirajes azules de un republicanismo mentido. Cegados por la farsa de un desprendimiento falsificado, de un patriotismo teatral, que no encubre sino los más feroces apetitos y el más desatentado egoísmo, esos ciudadanos no han podido ver el abismo abierto ante su planta por las depravaciones y los desbordes de un Partido que ellos han juzgado honorable y que no es si no, juzgándolo por sus actos,

mosa doctrina ni un sólo sentimiento sano. Su fuerte es la injuria, el dictorio, la difamación. El único argumento con que pretenden apoderarse de la conciencia pública es la agresión injustificada y brutal. Las piedras forman el arsenal de su elocuencia; sus discursos de propaganda son a palos.

¿No habéis visto la obra nefanda del Fernandismo en el curso de la propaganda política? Han asaltado en plena capital la Estación del Ferrocarril al Atlántico, cometiendo el atentado más inaudito contra una compañía extranjera que vive al amparo de nuestras leyes; ha querido asesinar a los pacíficos y laboriosos empleados de esa empresa; ha intentado atacar la *Imprenta Moderna*, establecimiento tipográfico importante

